# *Antología poética*

ÍNDICE


***Borradores***

Film de vanguardia

***La voz cálida***

Homenaje a los románticos

***Poemas de dolor antiguo***

Elegía III
La muerte que se espera…
Poética

***Homenaje a Goya. Poemas***

Los fusilamientos de la Moncloa

***El corazón en los labios***

Poema del fox-slow
Tristitia rerum
Proclamación de la esperanza

***El tiempo recobrado***

Canto a los hombres cuyos padres murieron jóvenes
Ahora, 5

***El incurable***

IV
VIII

***Los días del hombre***

Tantos ojos llorando penas tantas
Poema del tiempo

***De persona a persona***

A Cervantes

***Luz sonreída, Goya, amarga luz***

Autorretrato
Duelo a garrotazos
Programa

***Poemas del tiempo y del poema***

[Tenéis que perdonarme la añoranza]
[Primero es el silencio, un horizonte abierto]
[Como saliendo de su noche oscura]

## *Elegía total*

Discurso primero

## *Poemaciones*

[Quiebra la luz el vuelo de las horas]
[Ya se les ve el temblor a las palabras]
[El hombre en su vejez desentierra a los muertos]

## *Las colinas*

[Tras la última curva]
[Cierro los ojos ensayando la muerte]

## *Por no decir adiós*

Víctor Hugo escribió *L'art d'être grand père*
Ahora quiero hablaros

***Borradores***

**Film de vanguardia**

Un film trascendental cuyos protagonistas
fuesen sombras de espejo
movidas por los hilos invisibles
de problemas nuevos.
Un film cuyos primeros planos
fuesen paisajes superpuestos.

Un film que fuese reportaje
de nuevas sensaciones
y en el cual los objetos
presentaran colores
vírgenes de miradas.
¡Un film trascendental donde se viesen
al desnudo las almas!

*La voz cálida*

**Homenaje a los románticos**

El sueño de ese pájaro dormido en el paisaje,
el perfume olvidado de esa flor que vigila
entre hojas de un libro emociones lejanas
y el labio femenino que se desangra en esa
sangre descolorida y honda de los suspiros
dicen vuestra presencia invisible más plena.

Hay senderos de lirios enjoyados de lunas,
van y vienen los sueños por los aires callados,
hay un abandonarse de las pálidas carnes
en las pálidas carnes incendiadas de alma.
Palabras que se abren como rosas de sangre
—amor, ensueño, cielo, odio, espada, nostalgia—,
largas manos rosadas que trenzan sus delirios,
latir apresurado —yelo y fiebre— en las sienes.

La vida se les sale del pecho. No les cabe.
Morir por algo, en algo. Sacrificio, heroísmo.
El azar tiene esquinas que ocultan aventuras.
¡Queda un rumbo en los mares, que aún no en geografías!
Y nada más. Quedarse para siempre en el aire
apasionadamente parado de la Historia.
Siempre sobre sí mismos las almas verticales
en evasión audaz, sin huellas, de sus sueños.

¡Y nada más! ¡Quedarse para siempre en el aire!

## *Poemas de dolor antiguo*

## Elegía III

Al poeta Miguel Hernández

*Los otros, más sublimes, los heridos*
*por la envidiosa cólera del hombre*
*o de los dioses, fueron calcinados,*
*fundidos en su aurora refulgente.*
Shelley, *Adonais*

Quiero estos versos duros como el bronce
—metal para esculturas y campanas—,
que fluyan de mi duelo abiertamente
por honrar tu memoria y por llorarla.

Tu figura se pierde ya en la senda,
ya no se ve tu gesto campesino,
no se escucha tu voz, ni tu mirada
se asombra, ni tu voz responde al trino.

Otros poetas que murieron antes,
llenando de dolor tu poesía,
salen a recibirte. Las estrellas
tienen temblor y voluntad de lira.

Canto y lloro por ti, por el poeta,
por los versos que ya no dirás nunca.
No preguntéis al hombre dónde iba.
¡Qué la tierra silencie las disputas!

Ved que un poeta ha muerto y los poetas
llorar debéis su muerte verso a verso,
en duelo y en canción, porque se ha ido
por un camino de laurel y ensueño.

¡Tú no tendrás, Miguel, elegías de piedra
porque el mármol es frío para dolor tan alto;
pero en las tardes claras leeremos tus versos
y aprenderá la luz eternidad, milagro!

**La muerte que se espera…**

Todos allí, en silencio, esperando la muerte.
El crepúsculo lento nos llamaba a la tierra
con una voz de espigas y surco removido,
de brisas y de nubes dulcemente lloviéndose.

El tiempo, sin medida, molinero de insomnios,
vaivén apresurado de horas cortas y largas,
tan pronto se avivaba en granas resplandores
como se detenía, remansado y terrible.

La muerte era unas veces silencio y sombra fría,
inmensa mano abierta cerrándose en la nada,
y se tornaba luego horizonte remoto,
ventanal luminoso sobre los aires libres.

Era cual si anduviésemos por una tierra blanda,
hundiéndonos en ella, lentamente avanzando,
pero dejando atrás en rápido torrente
unas fugaces sombras de bosques y colinas.

Los labios temblorosos y la boca reseca,
la consciencia perdida en un vértigo interno,
son los signos del hombre esperando la muerte,
indefenso entre muros y silencios y sombra.

La dulce dejadez con que el cuerpo se inclina,
tan leve y tan profundo como un rumor de lluvia,
como el arrullo suave de una paloma en celo,
es una profecía del retorno a la tierra.

Así llega la muerte por sus pasos contados,
en angustiosa espera contados uno a uno.
Es tan fugaz la vida como un vuelo de abeja
que deja tras sus alas el más tenue zumbido.

Y por eso, morir con sencillo heroísmo
es ensanchar los límites estrechos de la vida.
Hay algo de nosotros que quedará en la tierra:
la rebeldía última, vencedora del tiempo.

**Poética**

Busqué siempre en mis versos
un humano temblor, aunque sabía
que los mármoles tersos,
pura geometría,
resisten más el peso de los días.

Pero yo soy apenas
esta hora que vivo intensamente;
el río de mis venas
se aleja de su fuente
y se sume del tiempo en la corriente.

Canto la pesadumbre
del doliente vivir que es mi destino,
la loca incertidumbre
de ir abriendo camino
en soledad, a oscuras y sin tino.

En mi voz, al hablaros,
carga el dolor la fuerza de su acento,
y solo he de dejaros
esta angustia que siento
en ritmo entrecortado de lamentos.

El hombre, viva llama,
que de su propio fuego es abrasado,
espera, sufre, clama
y corre desolado
con el terror ceñido a su costado.

El ángel irascible
sembrador de los odios, inclemente,
en la tierra impasible
derrama su simiente,
que los hombres cultivan ciegamente.

Agónico presencio
el acoso del hombre perseguido;
escucho en el silencio
su confuso gemido
de dios muriente o animal herido.

Mi verso es así el grito
que en la más honda entraña me ha brotado.
Más que en frío granito,
quiero el nombre grabado

al pie de un verso en sangre sustentado.

## *Homenaje a Goya. Poemas*

**Los fusilamientos de la Moncloa**

En aquella ocasión pintaste un grito;
un grito levantándose desde el profundo abismo
hasta tu diestra mano estremecida.

Esa camisa blanca, desgarrada,
esas manos que crecen en la sombra,
ese farol, luciérnaga horrorosa
que bebe carmesíes en la tierra;
ese hombre que llora
con los cerrados ojos deslumbrados
por la mirada última del mundo,
o el otro ya caído que se abraza a la tierra
como con ansias de nacer de nuevo,
y esa fría muralla inexpugnable
de violentas espaldas obstinadas,
forman el grito inolvidable, inmenso,
que del odio subió a tu mano diestra.

Después de haberlo visto,
nada lo arrancará de la memoria.
Ni los claros de luna,
ni la rosada y virgen luz del alba,
ni primavera en flor, ni lento otoño,
ni mar ni árbol, pájaro ni rosa,
ni ojos azules en amor mirados,
pueden borrar la imagen de esos cuerpos
calmando su profunda sed de vida
en el reguero rojo que de adentro les nace.

Nada podrá librar el alma de esta angustia,
de esta agonía lenta de los hombres
en rebeldía inútil
contra el destino de seguro paso,
de inevitable rítmica andadura,
acortando las horas, acercándose.

No sé si con zarpazos o temblores
va escrito en este cuadro tu mensaje
que yo digo en palabras llanamente:

“Pasad de largo, sí. Pasad de largo.
No miréis esos muertos,
cuyos labios inmóviles os gritan su desprecio.
La vida es vuestra prisa,
vuestro pequeño mundo, donde todas las cosas tienen su sitio fijo.

La muerte que aquí alienta
no es esa esbelta dama que conoce
la familiar tibieza de las sábanas;
esta es la muerte vil de los caminos
cuyos pasos se acercan uno a uno,
hembra mala de noches sin aurora,
nodriza del espanto, hija del crimen.
No la miréis. Para descanso vuestro
he pintado la fina alegoría
de las verdes praderas en declive,
donde acampan las risas y el donaire.

Para los ojos fáciles he pintado primores,
milagrosas cinturas, tornasoladas tardes
de un arrebol igual que las mejillas;
cómplice malicioso de la risa,
he pintado el vacío de unos rostros
que las monedas de oro hermoseaban.

Llevad allí vuestra mirada húmeda.

Aquí sólo deseo que se fijen
los ojos habituados a la muerte:
miradas secas de horizontes anchos
como las tierras de mi nacimiento.

Quiero que me comprendan
los que cuentan el tiempo por latidos,
y han pasado despiertos, sin temores,
el confín turbio de las pesadillas.

Habitantes de agónicos trasmundos
donde el sueño y la vida se confunden,
ellos son mis hermanos, para ellos
va escrito mi mensaje en este cuadro".

*El corazón en los labios*

**Poema del fox-slow**

A Ángel Antonio Mingote

En tu mar proceloso de metales,
mi médula inconcretos bienes goza
de sal y nácar, de algas y corales.

Desde una selva antigua el viento roza
un torrente de luz y rascacielos;
se escucha una alegría que solloza.

¡Qué dispersión de piernas por el suelo!
Los saxofones gimen como un alma
en exilio perpetuo de su cielo.

En olas tempestad y fondo en calma.
Nos lleva el ritmo tan intensamente
que por piernas abajo nos desalma.

Son de trompeta. Melodiosamente,
la carne se desvive en embeleso;
lo oscuro se hace luz; la arena, fuente,

y por sorpresa nos asalta un beso
que no podremos dar, porque en la pista
somos figuras que pintó tu yeso.

¡Que el Olimpo sereno nos asista!
Tu desgarrada melodía es una
desnudez que no hay parra que la vista.

Por insinuarte con vaivén de cuna,
le devolviste al hombre la alegría
que tango y vals colgaron de la luna.

Llore la cuerda y el metal sonría.
¡En tus aguas espesas cómo nada
la carne de ella con el alma mía!

¡Oh fox-slow, sonora llamarada!

**Tristitia rerum**

A Santiago Lagunas

¡Tristeza de las cosas! Siempre el mismo
dolor que tantos versos han cantado,
en tantas lenguas y distintos tiempos.

La sangre se hace llanto en nuestras venas.
Una invencible sombra nos envuelve
el sencillo misterio de la muerte.

Un deje de tristeza hay en las cosas;
una lenta y segura mansedumbre
más vieja que las rocas y los dioses.

Como un fluir doliente de la tierra,
esa impalpable niebla de amargura
identifica al hombre y al crepúsculo.

Vivir es caminar entre recuerdos,
entre sueños y sombras, junto a seres
que yendo a nuestro lado nos ignoran,

y toman de nosotros lo aparente:
el color de los ojos y la risa
y las letras que forman nuestro nombre.

Este dolor de soledad poblada
encierra al hombre en muros invisibles,
tornándole sus ojos hacia adentro.

El hombre es como espiga que se curva
de la hoz olvidada y de la era;
en solitario ocaso desgranándose,

cayendo grano a grano, sueño a sueño,
sobre la tierra que abre sus entrañas
y nos oculta en ellas, impasible,

para seguir nutriendo los trigales,
y alumbrando los ríos y meciendo
el sueño y la tristeza de otros hombres,

eternamente, Tierra, eternamente.

**Proclamación de la esperanza**

A Irene y José Manuel Blecua

(Caen los dioses y las nobles piedras
que consagraron sus sombríos rostros;
el hombre sigue, el hombre permanece,
torre de luz y sangre frente al Tiempo.)

En esa voz de niebla y lejanía
que brota de la tierra y resuena en mi entraña;
en ese agudo grito que afirma la presencia de mi sangre,
nutriendo de misterio mis raíces más puras;
en esa levedad del tiempo, que confunde
los instantes fugaces y los sueños eternos;
en el rápido paso de la luz a la sombra
de una verdad apenas entrevista o soñada;
en esto y en lo otro conozco mi destino.

Soy un hombre que canta el dolor de su raza,
la trágica existencia de su especie,
el golpe de la sangre sobre la carne herida
por un terror de siglos y de presentimientos.

Porque quiero olvidar mi nombre y el contorno preciso de mi cuerpo,
para sentir en mí la angustia de los otros,
de los que enmudecieron llevándose en los ojos el asombro del mundo,
o de aquellos más tristes que supieron de pronto
el inútil vacío de todos sus esfuerzos,
la soledad eterna del hombre en sus fronteras.

Tengo la lucidez de los hombres que han vuelto de la muerte
y desde allí han mirado el centro de la vida.
Sé que todo está aquí, escondido en mi carne,
agarrado a los huesos y al humor de mi cuerpo.

Os digo que la sombra se mide por el ángulo exacto de mis párpados
que al cerrarse derraman la noche sobre el mundo,
y que todas las músicas se callarán, de pronto, cuando yo no las oiga.

Todo lo que yo veo, lo que conozco y nombro,
lo que amo y espero, lo que odio,
no existen más que en mí y morirán conmigo.

Morirá con mi muerte todo lo que en mí vive.
Pero fuera de mí hay una sangre mía que ha de crear un mundo,
cuyo altísimo centro será la leve sombra de mi nombre y mi gesto.

Sobre la tenue huella que mis pies ha dejado,
afirmarán sus huellas los pasos de mis hijos,

y otros pies que se pierden en lejanos futuros:
los hijos de mis hijos, los nietos de mis nietos.

Quedarán para siempre, aunque nadie conozca su parecido exacto,
un matiz de mis ojos, un pliegue de mis labios o un gesto de mis hombros.

Y todo eso, que es mío, vivirá sin mi vida;
derramadas señales de mi vivir lejano,
renaciendo en las vidas nacidas de la mía,
lo mismo que en mi vida hay llamadas antiguas
de los que me soñaron, igual que sueño ahora
la sangre de mi sangre, vencedora del tiempo.

## *El tiempo recobrado*

**Canto a los hombres cuyos padres murieron jóvenes**

Hablo para vosotros, aunque no os conozco.
Sé tan solo que sois hermanos en la pena
de no haber conocido el rostro de los padres
noblemente gastado por la mano del tiempo.

Nuestros padres no vieron el invierno del hombre,
esa estación solemne que reposa los gestos
y les da a las palabras un vuelo tembloroso,
un deje persuasivo, débil e irresistible;
esa edad en que el tiempo solamente es memoria
y la vida, una mies en resignada espera.

Edad en que los ojos de toda luz cansados
reflejan tiernamente los íntimos paisajes,
desnudos de contrastes, matizados sus tonos
por la sabiduría aprendida en las horas.

El niño que nos queda en la más pura entraña
devuelve con su brazo la ayuda de una mano
tendida en otro tiempo a nuestro paso débil.
¡Qué amorosa firmeza la del hombro ofrecido
en una redención de deudas impagables!

El peso de los padres, fatigados de años,
debe ser dulce carga en los brazos del hijo
que al mirar deslumbrado el milagro del suyo
ha medido de pronto el valor de la estirpe.

Ser hijo es esa lenta y difícil tarea
que empieza a ser cumplida cuando se ha sido padre;
tarea que en nosotros podrá ser solamente
una ilusión purísima de dádivas filiales.

Los otros, los dichosos, pueden ver a sus padres
sentados bajo el sol, bebiéndole sus zumos,
como árboles rugosos y como rosas leves
en una confusión de tiempo impenetrable.

Podrán, puestas sus manos sobre el cabello blanco,
ver surgir de los labios ajenos al olvido
la luz de aquella risa primera de su infancia.

¡Dulzura milagrosa de tiempo recobrado,
camino hacia el encuentro de los niños que fueron
y aún juegan, obstinados, en los paternos ojos!

Podrán hablar al padre con palabras de hombre,
cambiándole en dorada realidad los sueños;
dejarse contemplar como una vid que crece,
como el curso seguro de un caudaloso río.

El silencio entre ellos será una luz serena,
un admirado aliento del ritmo de la vida;
una ola de savia empujando su sangre
a riberas remotas, por encima del tiempo.

Un hombre reunido con su hijo y su nieto
es una alegoría de la victoria humana.
La más firme montaña se torna vulnerable;
todo es frágil y leve; todo, menos el Hombre.

El tiempo es una inmensa llanura que se ofrece
abierto, sin fronteras ni secreto, a sus ojos.
Es un vasto paisaje sobre el que la mirada
resbala dulcemente, sin asombro ni límites.

Pero ellos, los dichosos, ignoran su fortuna.
No les tiembla de orgullo el brazo en que se apoya
la vejez amorosa, ni les pesan los párpados
bajo la luz altísima de la mirada lenta.

En el límite justo que la memoria alcanza,
no existen para ellos el vacío y la niebla
que a nosotros nos ciegan la visión del pasado.

¡Nosotros, hombres huérfanos, por quienes canto ahora
con tembloroso acento de varonil tristeza!

**Ahora**

5

He de decirlo ahora, porque el tiempo galopa el potro de su urgencia,
y un minuto, un instante, es demasiado plazo para el silencio cómplice.

No busquéis soledad cuyas manos moradas
apaguen el sombrío lamento de los hombres.
No hay íntimas murallas que resistan esos gritos ahogados,
ese clamor alzándose hacia dentro del pecho que lo llora.

Hay siempre un rostro trágico en la sombra escondido.
Aunque cerréis los ojos, seguiréis contemplándolo;
aunque encendáis la luz para rasgar las sombras,
él seguirá mirando, os dolerá en los ojos,
llamará golpeando en vuestro corazón indiferente.

Rostro crispado por el ruido de pasos que se acercan,
pasos rotundos, implacables, de cazadores de hombres,
sonando, resonando en las turbadas sienes
y en el pasmo erizado de la sangre.
Ojos abiertos dolorosamente al estupor del hambre y la intemperie
en un mundo brillante donde las risas suenan,
donde huelen las rosas, y la brisa
riza las claras aguas de los ríos.

Humedecidos rostros de madres que no saben dónde dejar sus flores;
tiernos ojos de niños, a tientas por la vida,
llorándose a sí mismos con palabras inútiles asomadas al llanto.

Huéspedes del silencio y de la sombra,
desgajados del tierno paisaje de su infancia,
vagan sin horizontes por calcinadas tierras
y llaman sordamente, nos llaman sin palabras, nos llaman refugiándose en un rencor que crece sobre nuestro silencio.

Y debemos oírles, impedir que sus labios,
olvidando el contorno del beso y de la risa,
a la canción ajenos,
se endurezcan de espanto y de blasfemia.

Es necesario recrear el mundo con palabras de amor y de esperanza.
Ahora es tiempo, y pronto habrá el tiempo pasado,
irremediablemente pasado y destruido.

## *El incurable*

## IV

*La vie aussi nous aime, elle a ses heures douces*
Germain Nouveau

La muerte está sentada
al umbral de mi puerta y cuando salgo
me sigue las pisadas y humedece mi mano
como un perrillo tierno que acompaña a su dueño.

Inútilmente vuelvo la cabeza
hacia un niño que juega, hacia un humo que asciende,
hacia una mariposa enhebrando su vuelo entre las flores.
Ella sigue a mi lado y late en mis latidos,
como un águila sigue el temblor de su presa,
su palpitante sombra sobre la tierra parda.

No hay evasión posible; ella, la carcelera,
sabe que nuestros pasos tienen seguro límite,
camina a nuestro lado, se aleja y vuelve, salta,
finge que nos olvida
para mejor asirse un día a nuestro paso.

Durante mucho tiempo yo la llevé conmigo
como ahora vosotros la lleváis, ignorada.
La vida rebosaba entonces de mis manos,
lloviendo de mis dedos como arena suavísima.
¡Mirad las manos vuestras,
ved el tiempo que fluye, ved la llovizna de oro,
sangre espesa de sueños, marea de esperanza,
que al retirarse deja una sombra de espumas,
unas flores de trapo, un retrato amarillo!

¡No dejéis que se escape, apretad bien los dedos:
sois dueños de esta hora que como barro suave
busca una forma pura, una cálida huella,
busca un fuego que deje su perfil definido!

## VIII

*Allegados son iguales…*
Jorge Manrique

Hoy entierran al joven de la casa de enfrente.
Apenas sé cómo era; recuerdo su sonrisa
de domador del mundo, su altivez insolente
que enmascaraba el hierro de esclavo de la prisa.

A ciento diez kilómetros se citó con la muerte
y esta, que siempre espera, le ha cerrado los ojos
dejándolo dormido entre aceros inertes,
torpemente dormido sobre hollados rastrojos.

Un negocio importante ha quedado incompleto,
no subirá el nivel de su cuenta bancaria.
Tan de repente ha muerto, que no sabe el secreto
de que era un viejo muerto sin urna funeraria.

Su sangre se cifraba en debes y en haberes,
era su inteligencia un mineral valioso;
no encontró la mujer entre muchas mujeres,
no tuvo nunca un sueño, jamás estuvo ocioso.

Su paso por el mundo no dejará otras huellas
que un mercenario llanto de esquela en los diarios,
un entierro lujoso y picantes querellas
de sus tristes parientes en casa del notario.

No penséis que me alegra su muerte. Yo sabía
que él vivía sin vida; no tuvo la fortuna
de morir lentamente, de morir cada día,
de despedir las horas, solitario, una a una.

La vida se me niega, pero no su belleza,
sucesión de milagros eternamente nueva.
Aunque el tiempo me huya, se me alarga en tristeza:
sobre solemnes andas de pesares me lleva.

## *Los días del hombre*

**Tantos ojos llorando penas tantas**

(En mi patria una guerra
con pesadumbre de un millón de muertos;
otros campos del mundo removidos
con millones de fosas.
Arrastrados
pies de viejos judíos caminando
con las cabezas bajas por un túnel
de científica muerte, con sus niños
vaciados de llanto y de palabras,
cogidos de sus manos y olvidados;
un negro adolescente que agoniza
a la orilla de un río caudaloso
entre sonrisas blancas;
los inmóviles ojos de una niña,
pálida y blanca desgarrada carne
donde el tam-tam oscuramente suena;
el impasible cielo limitado
por los hierros insomnes de las cárceles;
los vietnamitas campos
ajenos al amor de la semilla,
tierra prostituida por la muerte,
hondamente cavada
por el dolor y el asco y la mentira,
las pasiones políticas, las hidras
que degradan al hombre y lo devoran,
hombre aniñado de estupor y miedo,
agonizante niño, estremecidas
mordeduras de ratas en su vientre.

Y todas las banderas
ondeando orgullosas de sus crímenes.)

**Poema del tiempo**

En ese “Christmas tree” que mis hijos han puesto en un rincón de mi despacho,
las luces de colores se encienden y se apagan
sobre las falsas ramas de un verde tan perfecto.

En la pausa de luz y de penumbra
confusamente enciende mi memoria
lejanas Navidades de mi infancia.

¡Qué tremendo destino y qué terriblemente hermoso!
Ahora ocupo el sitio de mi padre
y el que entonces tenía es hoy el de mis hijos.
Me borro y me enriquezco y me desvivo,
me pongo tras sus ojos para mirar la noche alegre, limpia
de tantas amarguras, de tan profundos decisivos huecos,
del dolor de vivir hacia la muerte.

Y poco a poco las palabras cambian,
la “silent night”, la “holy night” se quiebran
en un sonar de viejos villancicos
y veo a los muchachos que cantaban pidiendo el aguinaldo,
a quienes yo envidiaba porque andaban casi descalzos en la nieve,
niños de la intemperie y la aventura.

Y soy y vuelvo a ser y aquí, a mi lado,
mi padre está partiendo los turrones
y mi madre dorando sus sonrisa,
y Victoria y Antonia, mis hermanas,
y la sonrisa madre se pone ahora en labios de mi esposa
y yo soy yo y Alfonso, Miguel, Pilar, Antonio y Vicky,
y todo vuelve a ser y a ser más bello
en la unidad de tiempo que es mi vida.

## *De persona a persona*

**A Cervantes**

Tú ya sabías del dolor oscuro
del hombre encarcelado. Largos años
viste nacer las hojas y caerse,
viste la sucesión de albas y ocasos
y el mundo cercenado, reducido
a ese pequeño espacio en que te mueves
mientras la vida sigue y se abre afuera
y nos deja olvidados en su orilla.

Todo lo conocías. Pero ¿acaso
eres ya el mismo, el que en Argel erguía
su briosa cabeza invulnerable
al hondo desaliento que hoy te hiere?

Gastado por el peso de los años
que ha dejado su insomnio en tus cabellos
y en ese dejo amargo de tus labios,
gastado por el duelo de ti mismo
y la penumbra hiriente de tu España,
eres como el hermano viejo y triste
de aquel que tú eras, del que vio en Lepanto
la fecha más gloriosa de los siglos.

¿Es la patria esta pena que redime
y nos crece dulcísima en el pecho
velándonos los ojos cuando toca
nuestra mano la tierra o la sonrisa
de un niño que se asoma a su ventana?

No sólo desengaños trajo el tiempo.
En el hondo silencio que te ciñe,
que se tiende a tus pies y te reclama,
a vuelta de las dudas y los duelos,
un don, casi un milagro, se te ofrece.
No importa que la vida te rechace
dejándote a su orilla, solitario;
nada importa la vida que se vive,
ese corto regato en la llanura.

Nada importan los muros que a tu paso
se cierran a la luz y a la sonrisa,
ni el llanto que se ignora dónde suena,
quizás gima la tierra o llore el viento,
tal vez la eterna soledad del hombre.
Nada te asusta ya, porque conoces
el prodigioso amor de tu palabra

y te brotan con ella peregrinos
que recorren tu frente, que te llaman,
que te exigen su vida, que te gritan
doliéndote en el pecho hasta salirse.

¡Cómo crece la cárcel de Sevilla!
Las fronteras del tiempo se derrumban
y la página en blanco sólo espera
la cálida andadura de tu mano.

***Luz sonreída, Goya, amarga luz***

**Autorretrato**

Así me veo yo: redondo rostro
de campesino aragonés, y un dejo
de profunda tristeza como un poso
del goce de vivir a que me entrego.

Abierta la camisa, pecho al aire
de la vida total en duelo y fiesta,
un desmedido afán de soledades
y un descreído amor por cuanto alienta.

Contradicción afirmo, pues soy hombre,
ese animal pequeño y asustado,
ese arrogante creador de dioses,
hermano de la estrella y el gusano.

La frente despejada, las viriles
patillas reforzando el entrecejo
de hombre que piensa tanto como vive
y conoce las nieblas del ensueño.

Algo dentro de mí se va abrasando
en nuevos fuegos, milenaria leña,
y me hundo en el silencio con un pasmo
de ojos abiertos a la luz más densa.

**Duelo a garrotazos**

Los dos hundidos hasta la rodilla
en un fondo viscoso (el agua pura
es un sueño de luz inaccesible)
blandiendo su garrote, brazos y almas
tensos en el esfuerzo cainita
de reventar los diques de la sangre.

La tierra gris de la colina muestra
su desnudez y un fondo de montañas
sombrías cierra el mundo. No hay caminos,
de aquí nadie se escapa, nadie viene.
Prestos los hombres a partirse el alma,
criaturas de Dios, dos españoles
cumpliendo su destino.

**Programa**

Estoy pintando desde el fondo oscuro
de la vida, sabiendo que he caído
como tú y como todos en su trampa.
Tengo la inútil luz, la inexpresable
con sonidos, colores o palabras,
la luz de la verdad, la luz del vómito,
la viscosa presencia de la nada.

Todos muertos en pie, nacidos fetos,
criaturas de sombra, los malditos,
los cotidianamente desterrados,
criaturas del asco, hermanos míos,
a quienes amo y odio, los señores
esclavos, los fantasmas elocuentes
de grandes ideales sin sentido.

En mi paleta los brillantes tonos
de mis antiguos lujos han cambiado
su derroche en riquísima pobreza:
el humo denso de la destructora
hoguera y del ensueño destruido,
heces de vino y secos excrementos,
pus de hospital y sombra de crepúsculo,
rojos sucios de aurora y de gangrena,
negrura decisiva y la blancura
de la osamenta bajo el sol, colores
que exige la verdad: ya sólo quiero
pintar al hombre, a quien escupo y beso.

## *Poemas del tiempo y del poema*

**[Tenéis que perdonarme la añoranza]**

Tenéis que perdonarme la añoranza:
es un lujo sencillo y sin pecado.
Fui también joven y el presente erguía
su torre poderosa contra el viento,
abriéndose sus brazos en la altura
para abrazar entero el infinito.

Si me hundo en los recuerdos, si me busco
en caminos de ayer, no es que me escape
cobardemente y vuelva las espaldas
a este momento exacto, a la imperiosa
exigencia del tiempo y la conciencia.

Busco la explicación de tanto absurdo,
quiero hallar del camino equivocado
la pisada primera, ¿dónde estaban
mis ojos que no vieron el desvío,
y dónde estaba yo, que no detuve
mi andar a ciegas, tan erradamente?

Yo soy el hombre y mi camino lleva
milenios hacia atrás y nadie sabe,
aunque todos seguimos, si adelante
hay suelo firme para nuestros pasos.

Creo en la libertad del hombre entero,
criatura desnuda de fantasmas,
abierto corazón a mente abierta:
lo que soñaba ser y complacido
creía ser... El mundo que me envuelve
ajusta mis latidos, me conduce
ocultamente de la mano y lleva
mis pies a donde quiere y yo me miro
culpas en el espejo y no las veo
y están ahí. Las busco ardientemente
y no puedo encontrarlas. La mirada
termina en altos invisibles muros
y queda más allá sólo silencio.

**[Primero es el silencio, un horizonte abierto]**

Primero es el silencio, un horizonte abierto,
un remoto unicornio,
quizás solo el murmullo de un escondido arroyo
del recuerdo manando
o simplemente un vuelo de pájaro, una imagen,
oscuro sobresalto,
tirón desde los centros del ser, ángel minero,
vetas de luz buscando,
de la oculta belleza sorprendida
en su esquivo milagro...

Y hay que escribir ahora, hay que uncir las palabras,
y no tiembla la mano
porque el poema espera sentado como un perro
a los pies de su amo.

**[Como saliendo de su noche oscura]**

Como saliendo de su noche oscura,
de su túnel de sangre adormecida,
sacude las entrañas embestida
de ciego toro, poesía pura.
Liberada en la red de la palabra,
vuelo de las raíces, ala, luz,
pulso invisible de milagro labra
su corona y su cruz.

En el goce dolido de sorpresa,
funámbulo en el borde de su abismo,
cumple el poeta su destino en esa
arrogante humildad de ser él mismo
mina, minero, pedernal, estrella,
silencio, canto, instante, eternidad,
sorpresa jubilosa, honda querella,
encadenada libertad.

## *Elegía total*

**Discurso primero**

Quisiera dar a mi palabra el eco
de las viejas campanas, darle ritmos
de siega y barca, darle el balanceo
con que se lleva al sueño al primer hijo;
hacerle oler a prado y a resina,
a fruta o carne joven o alborada
de mayo, a crepitante leña ardida,
a vino añejo y a reciente hogaza.

Que fuese como tierra entre los dedos
del campesino que a la lluvia invoca,
veta de porvenir, camino abierto
y afirmación del ser en la memoria.
Que aprendieseis por ella que la esencia
del personal vivir tiene su apoyo
en la firmeza de la mano abierta
a las manos tendidas de los otros,
que el poso de los muertos santifica
la tierra del recuerdo y la esperanza,
y el presente se cumple y se sublima
enlazando el ayer con el mañana.

Pero esclavos del tiempo que nos lleva
como el viento las briznas, como el río
la espuma que a su orilla flores sueña,
apenas sois los niños escondidos
de su miedo en la cueva de los párpados,
y envueltos en el velo del instante,
de espaldas al futuro y al pasado
edificáis castillos en el aire.

Yo no tengo la culpa de esta historia
que nadie contará, pues todo acaba.
El caballo creció dentro de Troya:
lo hicisteis entre todos, tabla a tabla.

Acariñasteis a la oscura sierpe
del odio, acariciasteis la violencia,
ávida loba de insaciable vientre,
furia devastadora de la tierra.

Mirando ahora el corazón del hombre,
crisálida y espejo del futuro,
veo injusticias, miro destrucciones,
soberbias locas de aprendiz de brujo.

Orgullosas pirámides, albergue
del tiempo de los hombres, derruidas
huellas borrosas son sobre la nieve,
tronos del jaramago y de la ortiga.

Por la tierra quemada vanas sombras
fingen ramas y pájaros nocturnos,
brisas desorientadas buscan rosas
por jardines de cieno y de crepúsculo.

Veo cuatro jinetes galopando,
espectros del absurdo en el silencio
de decisivos minerales prados
y ciudades sin nadie y ríos ciegos.

Veo la luz buscando en los escombros
de la tierra, sin nadie inútil alba:
se ha cerrado la historia, queda sólo
el hueco que habitaba la esperanza.

Todo es inútil ya. La última escena
va a comenzar y en ella acaba el cuento.
Las voces del poeta y del profeta
son solo criaturas de silencio.

## *Poemaciones*

**[Quiebra la luz el vuelo de las hojas]**

Quiebra la luz el vuelo de las hojas
que el otoño destruye y enriquece
de insectos muertos y podridos pétalos,
hospitalario fango
donde dormida anidará la brisa.

Cierro los ojos ensayando muerte,
dejo que se anonaden en silencio los bienes y los males,
aprendo a desprenderme de cuanto en mí alentaba,
y puesto al margen de la vida miro
la vida misma inaccesible y mía
en su total belleza.

Eternidad afirmo.
                Los espacios
se niegan en lo oscuro
y el tiempo es la medida de la nada.

**[Ya se les ve el temblor a las palabras]**

Ya se les va el temblor a las palabras,
quedándose lejanas de las cosas
que alentaban en ellas.
Todo fue sucediendo muy despacio,
se fueron desgastando
como el traje de pana del labriego
en su forzado roce con la tierra.

Juventud fue quedándose en recuerdo
de traspasada luz
hilo a hilo perdiendo sus relumbres,
solo ya pensamiento
más allá de la sangre y la sonrisa.

Cuerpo, plenitud envolvente,
llamada hacia más alta
plenitud compartida,
amor, dádiva oscura
de portentosos dones,
sagrado laberinto donde el alma
ya no puede adentrarse...

Esas y otras palabras tan hermosas
son en los arrabales de la vida
hazañosos trofeos
inertes en los muros
blancos de la memoria.

Mas siempre sobrevive tu palabra,
salvación, poesía,
afirmación del ser en la belleza
erguida sobre el tiempo.

**[El hombre en su vejez desentierra a los muertos]**

El hombre en su vejez desentierra a sus muertos,
los saca de paseo, los acuna
suavemente en sus párpados.
Les cuenta cosas que ellos ya sabían
quizás mal recordadas
y nuevas cosas tristes o felices
que nunca conocieron.

Tiende sus manos en el aire
sobre le hueco de un hombro o una mano
o una cabeza tiernamente amada.
Nunca se siente solo, su sonrisa
y su tristeza son los signos
de su saberse siempre acompañado.

En sus dedos traslúcidos sostiene
una invisible rosa que concentra
el color y el perfume de millares de rosas
muy antaño marchitas y salvadas
en un florecimiento inacabable.

Relojes y campanas,
horas, días y noches ya no miden
sus pensamientos ni sus actos.
Señor de su pobreza ha conseguido,
muerto el dragón y libre la princesa,
la aceptación del tiempo.

## *Las colinas*

**[Tras la última curva]**

Tras la última curva
de la senda que asciende la colina,
colmándose los ojos
del alto azul que el véspero suaviza,
con silencio acuciante
la cumbre solicita
nuestra entrega a una vaga sugerencia
de espacios sin linderos y propicias
playas de trasparencias, ámbito
de las destituidas
criaturas del aire que trasueñan
una patria perdida.

Aspiramos e invade nuestro pecho
un impulso sagrado. Maravilla
la excelsa plenitud:
¡Ahora, ahora!
y el cuerpo se enajena y sutiliza
en éxtasis de vuelo...

Y cuando parecía
que en la incitante bóveda
otra senda se abría a nuestra prisa,
muy adentro del ser
venas arriba
nos llega la querencia de la tierra
definidora e íntima.

Difumina colores y relieves
la luz atardecida,
y nuestros pasos firmes, gravitantes,
descienden la colina:
regresamos alegres, aun vencidos,
a nuestra pertenencia decisiva.

**[Cierro los ojos ensayando la muerte]**

Cierro los ojos ensayando muerte
y todo cuanto vale
se funde en mi silencio.

Aprendo a desprenderme
de lo que en mí alentaba
y desde fuera de la vida miro
la vida misma inaccesible y mía
en su total belleza concentrada
como la última luz dorada en la colina.

***Por no decir adiós***

**[Víctor Hugo escribió *L'art d'être grand père*]**

Víctor Hugo escribió *L'art d´être gran père*
sabiendo que el poeta está obligado
a hacer que brote de sus sentimientos
el puro manantial de la belleza.

Eso es cuestión tan solo de palabras,
de palabras exactas que el poeta
coge recién nacidas, verdes hojas
en las ramas del olmo centenario
conociendo qué rama, de qué tronco,
y el momento de luz en que cogerlas.

**[Ahora quiero hablaros]**

Ahora quiero hablaros
—en el tono de voz más confidente,
con palabras sencillas más bien tristes
o quizá, simplemente, ya cansadas—
de la hermosura, sí, de la hermosura
de la vejez extrema, cuando todas
las fuerzas, ilusiones y quimeras
caben en el bolsillo del pañuelo
y no puede saberse a ciencia cierta
si el acento, bien sea agudo o grave,
va de izquierda a derecha o viceversa.
Otra vez voy a hablaros, reiterando
—ejerzo todavía de poeta—,
de la tierna y agónica belleza
de la vejez vivida en armonía,
de los silencios y las añoranzas,
suavizadas las ansias y las prisas.

Ahora, cuando cuento uno por uno
cada día que vivo, ni siquiera
adivinar podría si este lunes
veintitrés de setiembre será el último,
porque en él esté ya determinada
esa hora final, la decisiva,
que en sí misma contiene
el único consuelo de ignorarla.